contemplación [1]. Apenas si se permitía á la Bienaventurada entrar á coro para oir la lectura del punto de oración; pues la hacían salir para que fuese á barrer los corredores, asear las celdas, limpiar el jardín; y cuando, rendida de fatiga, pero suspirando por la oración que no había podido hacer, venía á pedir á su maestra le concediese tiempo para hacerla, ésta la reprendía fuertemente, diciéndola que era extraño que no supiese hacer oración trabajando, y la enviaba de nuevo á otras obras más fatigosas todavía.

Pero todo era inútil. Nuestro Señor, que se había apoderado de aquella alma, reinaba en ella como señor, y á despecho de todos aquellos obstáculos, embriagábala de delicias. Yendo por los corredores, con la escoba en la mano, mientras que todas las hermanas estaban dulcemente arrodilladas al pie de los santos altares, ella tenía siempre ante sus ojos el objeto invisible de su amor. Le contemplaba, le escuchaba; vivía bajo el encanto de una visión perpetua que la hacía gozar de su celestial reposo. Así cantaba trabajando:

¡En vano ¡ay! á mi amor se contraría;
Que mientras más sofócase su llama,
Más ese único bien mi pecho inflama!
¡Afligidme, afligidme noche y día,
Y no le arrancaréis del alma mía!
¡Que mientras más arrecien los dolores
Más se unirá mi corazón herido
A ese inefable amor de mis amores! [2]

Acercábase entre tanto el aniversario de la toma de hábito de Margarita (25 de Agosto de 1672), y se la había

1 Circular de 17 de Diciembre de 1717. — *Año santo*, tomo II, pág. 242.
2 Proceso, pág. 71.



llamado á la santa profesión. La ansiedad se aumentaba de día en día. Admirábanse todas sus virtudes: su humildad, que era sin límites; su obediencia y su amor á las reglas, tanto más notables, cuanto que parecía ser conducida por vías más extraordinarias; su caridad, que la ponía al servicio de todas las hermanas. Era en verdad muy poco diestra en las cosas materiales; pero tan buena y diligente, que aun al darle gracias por los servicios que ejecutaba tan mal, se conmovían todos conociendo su buen corazón. La madre Hersant declaraba sin vacilar que aquella religiosa había sido llamada á una santidad extraordinaria; y dos ó tres actos acababan de mostrar que era capaz de los más heroicos sacrificios. Una vez, por ejemplo, ante una repugnancia natural, había luchado hasta desmayarse; y otra, habiendo entrado en tierna intimidad con una de sus compañeras de noviciado, avisada interiormente de que aquel dulce vínculo contristaba al amor celoso de su divino Maestro, resolvió arrancar de su corazón semejante cariño. Necesitó para ello de tres meses de luchas, tan afectuosa era naturalmente; pero triunfó también en esta batalla; porque ni repugnancias ni simpatías eran parte á detenerla. Que nada era demasiado grande para la grandeza de su ánimo. Y á pesar de esto, y por más que haya sido costumbre en la Visitación que la profesión tenga lugar al año y un día después de la toma de hábito, el 25 de Agosto de 1672 pasó sin que Margarita tuviera la dicha de pronunciar sus santos votos.

"He sabido por muchas monjas ancianas, dice uno de los testigos, que su profesión no se retardó sino á causa de sus vías extraordinarias, porque por lo demás se la

tenía por una santa [1]." "He oído decir á la superiora y á la maestra de novicias, que conferenciaban juntas acerca de la Bienaventurada, dice sor Juana María Contois, que llegaría á ser un día santa, pero que había en ella algo tan extraordinario, que quizá no había sido hecha para morar en la Visitación [2]." "La venerable, dice un tercer testigo, fué durante su noviciado un ejemplar de todo fervor. Todos tenían de ella una opinión excelente. Pero algunas hermanas no aprobaban sus caminos extraordinarios [3]." "La beata, dice un cuarto testigo, fué admirablemente fervorosa durante su noviciado. Solamente sus vías extraordinarias nos hacían temer [4]". Lo mismo hablan todas las hermanas, revelándonos las preocupaciones, harto legítimas por lo demás, de un monasterio en que aparecía de súbito uno de los fenómenos más raros de la santidad, una humilde hija que vivía ya en el cielo, acompañada por dondequiera de la presencia invisible de Dios; pasando, en medio de sus hermanas, absorta, con los ojos llenos de lágrimas, el rostro sucesivamente radioso como un astro, ó abatido y como anonadado; con una obediencia admirable, pero obediencia impotente; ávida de penitencias extraordinarias y tan apasionada por el sufrimiento, que sus superioras no sabían ni cómo contenerla, ni cómo satisfacerla. ¡Y en realidad había para que todo el monasterio hubiera vacilado, porque las consecuencias de un error son grandes en cosas tan delicadas: con mucha más razón deberían serlo en la orden de la Visitación, donde

1 Proceso, pág. 70.
2 Ibid., pág. 68.
3 Ibid., pág. 72.
4 Ibid., pág. 73.



San Francisco de Sales había recomendado tanto la humildad, la sencillez, el amor de la vida oculta, y donde había prescrito á las hermanas que se atuviesen pura y simplemente á la regla si ninnovar nunca nada! Un día, después de haber dicho la Santa Misa, ¿no se había, por ventura, arrodillado con Santa Juana de Chantal al pie de los altares, y suplicado ambos á Dios que no enviase jamás á la Visitación ninguna gracia extraordinaria? Aunque poco á poco, se había ido formando en la orden esta opinión, que la Visitación no era llamada á esos dones maravillosos; que debía vivir muy oculta y en la obscuridad, como una humilde violeta, dejando á las otras órdenes los dones excepcionales y las grandes misiones.

Todos estos pensamientos hacían, pues, que se vacilase en llamar á Margarita á pronunciar sus votos; pero por otra parte, cuando en ella se fijaban los ojos, ¿cómo no tranquilizarse? ¿Dónde hallar más humildad? ¿Qué obediencia había sido nunca más pronta? ¿Qué alma más cándida? ¿Hubo jamás vocación á la vez más sobrenatural y más desinteresada? ¿Qué había traído á Margarita á la Visitación, que ni conocía, si no era Dios, y á pesar de todos los obstáculos y á despecho de todos sus parientes? Y si Dios había querido hacer este presente á la Visitación, ¿por qué la Visitación había de rehusarlo? El Espíritu alienta é inspira donde quiere. El amor es el maestro, la segura guía. ¡Y cuántas señales no se advertían ya de que el Espíritu que alentaba con su soplo á Margarita era verdaderamente el Espíritu de Dios y de que ella era conducida por su divino amor!

Decidiéronse, por fin, y después de tres meses de re-

flexión, el 27 de Octubre de 1672 entró á su gran retiro para prepararse á sus santos votos. Sería imposible pintar el recogimiento, el silencio, la unión profunda de Margarita con Nuestro Señor durante aquel bendito tiempo. Desde el segundo día el éxtasis fué tal, que para "moderar un poco la grande hoguera de amor que la devoraba [1]„, la superiora la envió al jardín á cuidar de una jumentilla y de su cría, que la comunidad acababa de comprar para el servicio de una hermana enferma. Habían dado orden á la santa novicia para cuidar de que no entrasen en la hortaliza, que estaba muy cerca y totalmente al descubierto. Margarita pasaba, pues, el día corriendo, ya tras de la jumenta, ya tras del borriquillo, que eran sin cesar atraídos por las hierbas de la hortaliza. La fervorosa novicia habría preferido sin duda quedarse de rodillas al pie del santo altar, pero estaba en donde Dios la quería; ¿qué más se necesitaba? Si Saúl, decía con sencillez, había encontrado el reino de Israel buscando las jumentas de su padre, "¿por qué no he de alcanzar yo el reino de los cielos corriendo en pos de estos animales?„ Lo encontraba, en efecto; porque en aquel lugar, entre aquellas humildes ocupaciones, arrodillada en medio de un bosquecillo de avellanos, que está allí todavía, y que ha sobrevivido á todo, recibió uno de los más grandes favores de su vida. De él nos habla en términos muy breves y sobre todo muy embozados. "Me hallaba tan contenta en esta ocupación, dice, y mi Soberano me hacía en ella tan fiel compañía, que todas aquellas carreras no me daban cuidado. Fué allí donde recibí tan grandes gracias,

1 Contemp., pág. 37, nota.



como hasta entonces jamás había experimentado. Sobre todo, lo que me dió á conocer sobre el misterio de su Pasión y santa muerte; pero este es abismo que no puedo escribir y su extensión me hace suprimirlo todo. Diré tan sólo que él es quien me ha dado tanto amor por la Cruz, que no puedo vivir un momento sin sufrir; pero sufrir en silencio, sin consuelo, sin alivio, sin compasión, y morir con el dueño de mi alma; agobiada bajo la cruz de todo linaje de oprobios, de olvidos, de humillaciones y de desprecio [1].„

El resultado del retiro correspondió á ese principio. Nunca delicias mayores embriagaron á un alma. Conoció Margarita todo cuanto el amor encierra de más dulce, tierno, ardiente y divinamente consolador: todo, empero, mezclado con el anuncio de no sé qué cruz que vendría más tarde y que igualaría en amargura á todas las caricias divinas que recibía entonces.

Por último, el 6 de Noviembre de 1672, en la capilla actual del monasterio de Paray, en la reja que existe todavía, Margarita María pronunció sus santos votos. No se han conservado mayores detalles acerca de esta ceremonia que los que quedaron de su toma de hábito. Pero, lo que sin duda vale más, sábense perfectamente los sentimientos que llenaron su corazón y las gracias de que fué inundada. Nuestro Señor se le apareció y le dijo: "Hasta aquí yo no era sino tu prometido; desde hoy quiero ser tu esposo.„ Prometióle no dejarla jamás, tratarla como esposa suya, y comenzó á ejecutarlo de una manera, dice, que me es imposible explicar, alcanzando á decir tan sólo que me hablaba y me trataba como una

1 Memoria, pág. 322.

esposa del Tabor [1].„ La bienaventurada, por su parte, conmovida hasta el fondo del alma, escribió en el transporte de su amor, y con su sangre, una consagración total de sí misma á Nuestro Señor. Ese acto terminaba por las siguientes palabras, que traen á la memoria los gritos más sublimes de Santa Teresa ó de Santa Catalina de Sena:

"¡Todo en Dios, y nada en mí!
¡Todo á Dios, y nada á mí!
¡Todo para Dios, y nada para mí!
¡Su indigna esposa, sor Margarita María
muerta para el mundo [2].„

Preciso es relacionar estas palabras con las que hemos escuchado antes, para elevarnos á la inteligencia de la verdadera hermosura de esa vocación que Dios había dado á Margarita María. En el día de su adolescencia, Nuestro Señor le había dicho: "Yo seré para ti el más bello, el más rico, el más poderoso y perfecto de todos los amantes [3].„ En el día de su noviciado, había añadido: "Hoy es el día de nuestros esponsales [4].„ Ahora, da un paso más. "Hasta aquí, le dice, no he sido más que tu prometido; desde hoy quiero ser tu esposo.„ Toda la vida religiosa se encierra aquí; porque en el claustro, lo mismo que en el mundo, "no es bueno que el hombre viva solo„. Dios, que nos ha hecho para un amor infinito, ha puesto en nosotros sus ocultas fuentes.

1 Memoria, pág. 318.

2 ¡Lástima es que esa reliquia sagrada del alma y de la sangre de nuestra Beata se haya perdido, probablemente sin esperanza de recobro! Paraba en poder de la respetable madre Baudrón, superiora del hospicio de Paray. Ella comprendía muy bien su precio, y habíase negado siempre á desprenderse de tal tesoro. Pero un día tuvo que hacerlo para prestar la reliquia á un anciano confesor de la fe que se lo rogaba, al Padre Juan Gandín, cura de Vandebarrier y arcipreste de Charolles, que pidió la preciosa reliquia con los mismos sentimientos que animaron á San Hugo cuando al morir quiso le llevasen las reliquias de San Marcelo, Papa y mártir. M. Gandín murió en opinión de santo; pero ¿qué fué de la sangre sagrada cuya presencia le ayudó á bien morir?„—Cucherat, *Hist. popular de la Beata.*

3 Memoria, pág. 305.

4 Ibid,, pág. 314.



A los diez y seis años comienzan á murmurar profunda y tiernamente. Salimos de nosotros mismos para encontrar alguna alma simpática á la nuestra. Noble movimiento, hecho por Dios y digno de El, de donde nace la familia con todos sus goces. Pero en la multitud de almas, devoradas por la necesidad de las simpatías humanas, ¿cuáles son aquéllas que miran más allá de la tierra? Ni los corazones son demasiado profundos para ellas, ni los amores demasiado hermosos. Apenas han visto el mundo, y lo desprecian. No han gustado todavía el amor, y ya no le quieren. Y no es que estén desprovistas de sensibilidad y de ternura; al contrario, ningún corazón es más insaciable que el suyo; sino que á causa de esto mismo miran más alto que todas las criaturas, y esplendentes y radiosas corren á llevar su corazón á Jesucristo. Veinte veces he tenido á la vista este espectáculo. He visto tiernas doncellas en medio de su juventud y sus encantos arrancarse de los brazos de un padre, de una madre, abandonar á los veinte años todas las esperanzas y todas las ilusiones de la vida; y en la grandeza de sus emociones, en la ternura desgarradora de sus despedidas, he comprendido la belleza de su corazón y el poder del impulso que las arrastraba. Pasan tres ó cuatro meses, y he aquí que aparecen en la reja del coro, en medio de la dulce ceremonia de la toma de hábito. Miradlas: ya no hay lá-

grimas en sus ojos. Vestidas como jóvenes desposadas, ataviadas con esas joyas y diamantes que no aceptan sino por un momento para tener la dicha de arrancárselas públicamente y ponerlas á sus pies, llevan en su frente una serenidad tan piadosa y divina, un testimonio tan cierto de felicidad, como jamás se ha visto en unión alguna de la tierra. Es que saben á quién se dan. Y cuando después de un año de segunda y definitiva prueba reaparecen por última vez en la reja para pronunciar allí irrevocables votos; cuando su voz se eleva en el silencio de la asamblea santa para exclamar: *¡Oh Dios! ¡Escuchad lo que digo, que la tierra oiga las palabras de mi boca! ¡A vos es, Jesús mío, á quien se entrega mi corazón!*, no es solamente la alegría, es el entusiasmo lo que agita su corazón, y descubre en la emoción de su voz la pasión que las devora.

¿Pero cuál es ese ser, muerto hace diez y ocho siglos en un cadalso, que suscita hoy todavía semejantes entusiasmos?

¿Quién ese amante invisible oculto á todos los ojos, que diariamente arranca de nuestro lado y de nuestras entrañas los seres más queridos, más puros, más seductores, más propios para encantar nuestra vida ó para consolarla?

¿Quién es? Es aquel que decía á Margarita cuando ésta tenía veinte años: "Yo seré para ti el amante más tierno.„ Aquel que le dijo el día de su toma de hábito: "Hoy es el día de nuestros esponsales.„ Aquel que el día de su profesión añadió: "Hasta aquí no he sido más que tu prometido; desde hoy quiero ser tu esposo.„ Aquel, en fin, que haciendo tales promesas, es el único capaz de cumplirlas. En tanto que los amores humanos perecen



unos tras de otros; que las coronas de flores se marchitan en la frente de las jóvenes esposas; que todo amor engaña, porque ¡ay! promete más de lo que puede dar, y así una inevitable melancolía se cierne sobre todos los enlaces; Jesucristo encadena bajo un encanto que se renueva sin cesar á las almas que se dan á El, á los jóvenes corazones intrépidos y generosos que lo han dejado todo por El y que no pueden de El desprenderse; porque los tiene unidos tanto por el dolor como por el gozo; y como es un esposo crucificado, los beatifica siempre, sea que los embriague con sus consuelos, sea que los agobie con los sufrimientos.